

Para entendernos mejor



Tiempo de lectura: 3 min.

[Américo Martín](#)

Dom, 31/10/2021 - 15:07

Una explicación necesaria.

A mis estimados y fieles lectores les debo una explicación, quizás esperada por muchos y no dada en el tiempo debido. Me pescó el terrible covid-19. A mi edad no es cuestión pasajera. A pesar de estar vacunado, me atrapó al que en lo sucesivo llamaré el **tiranovirus**, con secuelas que aún me afectan. Por ello, limitado por el obligado reposo, en lugar de la acostumbrada columna dominical que sirve de

reflexión en temas de interés nacional e internacional, opto por ofrecer parte de *Mis Memorias* publicadas hasta hoy y que espero también sirvan para mirar al futuro con el aprendizaje de lo vivido en la Venezuela por venir.

Apenas descubierta mi intención de escribir estas *Mis Memorias* me llovieron preguntas no exentas de inquietud. «¿Te retiras de la vida pública?». «¿Debemos excluirte del mundo de la política, las letras y en general la cultura?».

Me retiro de algo, no hay duda, pero no específicamente de esas áreas que, en rigor, no me pertenecen exclusivamente a mí y, por lo tanto, no puedo eliminar si los demás no lo permiten. Tienen todo el derecho de seguir respaldando o condenando algo que yo haya dicho o escrito y mientras así ocurra habrá alguna presencia mía, cuando menos por persona interpuesta.

Me voy de unas cuantas cosas muy importantes para mí: la militancia política, o incluso social, que siempre me apasionaron; los cargos públicos por elección, la fanfarria de las campañas alrededor de mi nombre. Pero permanezco, y ahora con más razón, en los predios de la escritura y la reflexión. Sigo atado, por supuesto, a las varias cosas fundamentales que durante tantos años me retuvieron en la acción política y humana. Estaré siempre contra la dictadura, el totalitarismo y el militarismo; me seguirán pareciendo despreciables el culto a la persona y las cortes de aduladores.

No dejaré de rechazar la momificación de personas, los estúpidos pedestales de bronce, mármol o piedra, la gigantografía de sedicentes héroes puestos en posición heroica o visionaria frente al baboso servilismo consagrado a recordarlos. El *Gran Timonel*, el *Padre de los Pueblos* o títulos parecidos.

Y estoy y estaré a favor de la condición humana, de la libertad y el pluralismo, de la dignidad de la disidencia, de la resistencia contra la opresión, la discriminación, la vejación, la tortura, la persecución.

Quiere decir que, entregados estos tomos de *Mis Memorias*, podré seguir escribiendo, opinando, aconsejando. Kissinger, Clinton y Hillary, por ejemplo, han seguido por años en el oficio después de escribir sus propias biografías.

Esta obra es una recreación. He pensado que cuando Goethe o Fausto —¡qué más da!— percibe las imágenes de los hermosos días transcurridos, encuentra que pierden fuerza por estar gravados por las penas que los acompañaron. La evocación

será una sombra de la realidad y esta no podrá reproducirse con la lozanía de su tiempo. Yo discrepo. Creo, por el contrario, que al revivir con probidad el pasado —si no se lo tergiversa a conciencia— podemos perfilar un paisaje más vivo y rico que la realidad, porque sus perfiles están robustecidos por el recuerdo, la añoranza, la experiencia, el afecto y la sabiduría. Las memorias son, en ese sentido, no una recreación sino una creación. Una vida nueva, no un pálido recuerdo.

En una apostilla a su *Bolívar y la Guerra a Muerte*, Rufino Blanco Fombona decía que hoy (en 1940) no hubiera escrito ese libro como lo hizo en la primera edición, siendo un impetuoso y combativo joven.

«Entonces escribía con más exaltación combativa y pensaba con menos serenidad que ahora». «No me preocuparía, como en el tiempo juvenil, de la Proclama: pintaría la época. Pintaría a los hombres y a los pueblos. La Proclama se explicaría por sí misma».

Aún si se compartiera —no es mi caso— la tajante opinión de que la sabiduría está más en los libros que en las instituciones académicas, faltaría por considerar la sabiduría derivada de las experiencias vitales, solo en parte emanadas de libros y academias. De alguna manera la valoraban altamente en la Antigüedad cuando organizaban enaltecedos Consejos de Ancianos.

Es para reconocerla que en innumerables ocasiones se me ha ocurrido repetir este elocuente apotegma: Si la juventud supiera; si la vejez pudiera.

Estas *Memorias* las escribe quien aún está entre los seres vivos. No terminarán, pues, sino cuando deje de estarlo. Es una narración. Un río que va engrosando su caudal con el tiempo y las afluentes.

Cuento con la infinita paciencia del lector y con la maravillosa manera de eslabonar relatos por más de mil y una noches, exhibida por Sherezade para el cruel pero cándido rey Schariat.

Twitter: [@AmericoMartin](#)

Américo Martín es abogado y escritor.

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)